

Alejandro Rossi

EDÉN

Vida imaginada (fragmento)

Miró el reloj y le preguntó a su suegro cuánto faltaba para llegar al aeropuerto. Hubiese querido decirle que se apurara, que se concentrara en la carretera, que no hablara con tanto detalle de la industria alemana. No, no podía callarlo, era un hombre bueno, de una gran cortesía. Hizo un esfuerzo, pues, para mantener la conversación en un tono educado. La verdad es que cualquier viaje lo desquiciaba, como si abandonara a alguien, como si se tratara de una emigración definitiva. Le angustiaba cualquier posible contratiempo: un retraso, que no hubiera asiento, alguna huelga imprevista, perder un documento o una equivocación con su nombre. Sobre todo eso, la peor de las hipótesis imaginables, sería como volver al caos original, a la irremediable confusión. A Alejandro le parecía que todos sus documentos tenían algún error y que, en realidad, todo era un gran equívoco y él un usurpador. Un día lo descubrirían y se los quitarían. ¿Cómo se llamaba? ¿Alejandro o Alessandro? Su madre le decía Alex, y Alexandro era el nombre con el que ella intentó registrarlo. Por suerte, el fascismo impidió ese neoclasicismo que pretendía obligarlo a ser un héroe: sólo se permitían nombres italianos o italianizados. Las adorables primas venezolanas le decían el Negro y los primos italianos Alex o Alessino, usado este último por los abuelos paternos. A su padre en la vejez le dio por llamarlo Alessandro, en un tono algo protocolario. Para los amigos hispanoamericanos era Alejandro. El pasaporte venezolano registraba Alejandro Francisco, ya el nombre oficial en sus papeles y documentos. En el acta de nacimiento asentaban que el 22 de septiembre de 1932 había nacido en Firenze un tal Alessandro Francesco. Francesco es el Francisco que viene de su bisabuelo materno, al parecer un dominicano que fundó una fábrica de tabacos y que, según la leyenda, había dejado al morir cien casas. Por los años cuarenta, en un vuelo de Trinidad a Caracas, en un Douglas DC3, le tocó de vecino un español viejo que había conocido al discutido bisabuelo, un mulato grande y simpático que se sentaba en una mecedora a la entrada de su negocio. En aquella época le incomodó que el Canario clasificara así al bisabuelo. Era la primera vez que oía esta historia, pues su madre y la familia venezolana evitaban esos

temas. Para él, los mulatos y los negros eran los porteros de La Previsora, la compañía de seguros que presidía su abuelo, que lo saludaban con gran cordialidad y proclamaban, entre guiños, que él era “medio jefe”.

El suegro no encontraba el estacionamiento de los diplomáticos, lo habían cambiado de lugar, aseguró. Era un hombre elegante y tranquilo, incapaz de atropellar un reglamento o de saltarse una regulación y menos aún en Alemania. Como si estuviera en un gran colegio y él fuera un alumno modelo. Cualquier persona con autoridad, por trivial que fuese el cargo -el revisor de los boletos en el tren-, le producía un respeto sagrado. Era claro que le fastidiaba el nerviosismo de Alejandro, y temía que se expresara en alguna arbitrariedad o impaciencia ante un trámite o dificultad imprevista. Alejandro, es verdad, aguantaba poco las demoras y los papeleos burocráticos, pero no porque fuera un hombre de acción ocupadísimo en asuntos mayores, de los que no toleran perder el tiempo en minucias. Más bien por lo dicho, por miedo a que descubrieran una equivocación, una irregularidad, y el teatro entero de su vida legal se desplomara como un edificio dinamitado. El problema, ahora, era la maleta. La había comprado en Oxford hacía menos de un año, fascinado por ese modelo, un famoso diseño del siglo XIX utilizado por los viajeros ingleses que iban a la India, según informó Guillermo Cabrera Infante, principal animador de la compra. Una maleta rectangular de un irresistible *royal blue*. El error fue haber comprado el modelo grande, complicado de llevarse a mano, difícilísimo de subir a un tren y más aún a la rejilla de un compartimento. El *Begleiter* oficial que lo recibió en la estación de Stuttgart, un muchacho de veintitantos años, alto, fornido, con una mirada desapegada del mundo y que resultó ser el tataranieta de Schelling, la bajó del vagón con cara de incredulidad, y mientras la cargaba a lo largo del andén le preguntó a Alejandro si era arqueólogo de profesión y traía muestras de algún sitio. Alejandro reconocía que había sido una estupidez comprarla y nadie apreciaba ni el diseño ni la audacia que suponía andar con un objeto así. La trataban como a esas valijas de cartón de los inmigrantes españoles e italianos. No era un consuelo que Cabrera sostuviera que era la maleta más segura contra los navajeros de los aeropuertos. El suegro nunca le hizo un comentario, aunque sí su viejo amigo argentino Garzón Valdés, a quien ese elefante azul le pareció un absurdo risible:

— Pero che, ¿qué traés ahí?

Así llegó a Hamburgo, a menos de una hora de vuelo de Bonn, y a la salida se le acercó una señora que, sin ningún titubeo, se presentó como la encargada de atenderlo en la ciudad. La *Begleiterin* asignada para acompañarlo a los lugares que previamente él había elegido. Una mujer de unos cincuenta y tantos años, de aspecto saludable, nada matrona y con un rostro muy hermoso. En especial los ojos, verde-

azules, de mirada lenta, seria, una mirada acostumbrada a los elogios. Otra vez hubo un problema para colocar la maleta, ahora en la cajuela de un coche para nada pequeño, sencillamente normal. Hablaron en español, esa primera conversación un poco envarada acerca de si ésta era la primera vez que Alejandro visitaba Hamburgo. Hay que reconocer que Alejandro era muy hábil en esas situaciones y de inmediato tomaba la batuta en sus manos y comenzaba a preguntar, a estimular las respuestas y asociarlas con esto y aquello. Le molestaba que pudieran tomarlo por un tontete ignorante que venía de un pueblito de América y de inmediato se las arreglaba para educadamente dejar en claro que si aquí había una persona viajada y cosmopolita, ése era él. Si ella traía, como era probable, alguna perorata sobre la Liga Hanseática, se la guardó, no pronunció una sola frase didáctica. Alejandro, sensibilísimo a las diversas músicas lingüísticas, notó en ella un acento vagamente argentino. Le preguntó:

— ¿Es usted argentina? ¿Ha vivido allí?

— Bueno, nací en Argentina.

Había una cierta incomodidad en la respuesta, a lo mejor le parecía apresurado que a los cinco minutos estuviesen hablando de su pasado.

— ¿En Buenos Aires?

— No, no nací en Buenos Aires, en Córdoba.

— ¿En Córdoba? No me diga, yo he estado allí. ¿No conoce a un cordobés ilustre, Ernesto Garzón Valdés, que ahora es profesor en Alemania?

— Ah, sé quién es, una persona importante.

— Hace muchos años, pasé las vacaciones en Córdoba, en las Sierras. En los años cuarenta, imagínese usted.

— ¿Ah, sí? Bueno, yo no soy de la ciudad de Córdoba, me crié en un pueblo cercano.

— ¿Cómo se llamaba?

— La Falda.

— ¿La Falda? Pero si es justamente allí donde pasamos las vacaciones. ¡Qué casualidad, caramba! ¿Y usted vivía allí?

— Sí, mi padre era gerente de un hotel muy conocido, el Hotel Edén. Ahí vivíamos nosotros.

— ¡Ése era nuestro hotel! Estuvimos los veranos 43-44 y 44-45. Lo recuerdo a la perfección.

— Allí estábamos.

La reacción de Alejandro fue instantánea, como un disparo.

— Entonces, entonces tú eres Mitzi.

Se volteó a verlo y le respondió con una expresión perpleja:

— Sí, me dicen Mitzi.

Más asombrado estaba Alejandro. No tenía la menor duda de que fuera Mitzi y eso era precisamente lo asombroso, que aquella muchacha reapareciera en Hamburgo. Es imposible, por supuesto,

reproducir la secuencia que lo llevó al reconocimiento, una suerte de descarga eléctrica que explica la forma abrupta en que se lo dijo.

— Recuerdo que tenías un novio que jugaba ping-pong con nosotros y nos hacía caso aunque fuéramos más chicos. Se llamaba Mario, ¿no es cierto?

Mitzi estaba francamente incómoda. ¿De qué se trataba todo esto? Le habían encargado recoger a un señor de nacionalidad venezolana - ¿o le habían dicho mexicana?-, profesor en la Universidad de México, medio filósofo y medio escritor, un tipo relacionado con las revistas *Plural* y *Vuelta*, amigo de Octavio Paz, agregaron, seguramente para subir un poco la estima. En el fondo, nada de mayor importancia para Mitzi, el señor Rossi era uno más entre los visitantes de ese año. Le habían informado que era un cincuentón, pero se veía más joven, un tipo observador, atento a las circunstancias. Ni un negro musical, ni un antropólogo de izquierda. Más bien uno de esos hispanoamericanos civilizados, ambiguos, difíciles, poco representativos de los extremos pintorescos. ¿Quién era este señor que a los cinco minutos de conocerla le hablaba de Mario? ¿No habían pasado ya cuarenta años?

— Sí, Mario, así se llamaba.